



Primera edición, mayo de 2014
© Luisa Noguera Arrieta
© 2014 Panamericana Editorial Ltda.
Calle 12 No. 34-30, Tel.: (57 1) 3649000
Fax: (57 1) 2373805
www.panamericanaeditorial.com
Bogotá D.C., Colombia

Editor
Panamericana Editorial Ltda.
Edición
Raquel Mireya Fonseca Leal
Ilustraciones
Rocío Parra Parra
Diseño y diagramación
Rocío Parra Parra

ISBN: 978-958-30-4391-8

Prohibida su reproducción total o parcial
por cualquier medio sin permiso del Editor.

Impreso por Panamericana Formas e Impresos S.A.
Calle 65 No. 95-28, Tels.: (571) 4302110-4300355
Fax: (571) 2763008
Bogotá D.C., Colombia.
Quien solo actúa como impresor.
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

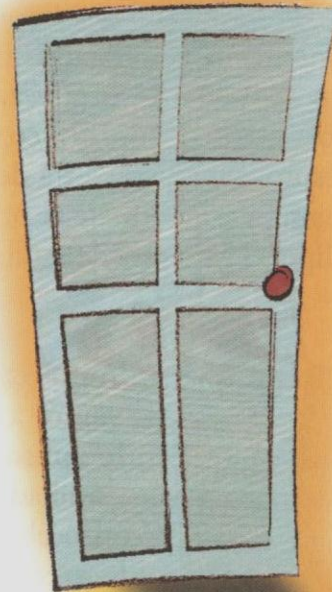
Luisa Noguera Arrieta

ELLA es LA MUERTE

Ilustraciones
Rocío Parra Parra

PANAMERICANA
EDITORIAL

Felipe puso el separador entre las hojas y cerró de golpe el libro. Se sintió incapaz de seguir con la lectura. Ya era muy tarde; no oía las voces de sus padres, ni música en el cuarto de Ania. Adoraba a Edgar Allan Poe, pero una cosa era leerlo de día, y otra muy distinta, hacerlo de noche, cuando todo estaba en silencio. El más profundo silencio. ¿Cuántas horas llevaba leyendo? Miró su reloj despertador, “¡casi dos!”, se dijo asombrado. No se había dado cuenta del paso del tiempo, y habría querido seguir con la lectura, pues esa atracción masoquista por el miedo le encantaba, pero obviamente también le aterraba. Puso el libro sobre la mesa de noche y se metió entre las cobijas. Su cama estaba helada, tan helada como él mismo; tan helada como la tumba que atormentaba al personaje de *El pozo y el péndulo*.



La lectura lo había absorbido al punto de olvidar cubrirse con una manta mientras devoraba *Los clásicos del terror*, que había pedido prestado en la biblioteca del colegio. Afuera, el viento volaba desenfrenado y trataba de colarse en su habitación, chiflando por entre el marco de la ventana. Un escalofrío lo recorrió desde los pies y sintió cómo se le paraban los pelos de la cabeza, cortados casi al rape —por el frío seguramente, pero también por el miedo—. Sus pies eran dos bloques de hielo y no podía sacar de su mente el par de medias que había dejado entre los tenis, junto a su cama.

... El tiempo ha pasado, espero que tus heridas se hayan cerrado. No podremos olvidar lo que pasó, pero sí tratar de vivir con ello. La distancia pudo ayudar a que cada uno de nosotros hiciera su duelo; pero sigo pensando que la tristeza habría sido más llevadera de haber tenido el hombro del otro para llorar sobre él. Te he buscado todo este tiempo, llamé a todos los que te conocen y nadie sabía dónde estabas.

Tu pena es la misma mía, no lo olvides. Los dos perdimos a alguien en quien teníamos puestas nuestras expectativas y sueños. Respeté tu decisión y te dejé ir. Nunca te culpé por la muerte de nuestro hijo; ¿por qué lo sentiste así? Fue un accidente absurdo, solo eso. Yo también me fui, lo más lejos que pude, al sentir que no querías volver a verme. Tardé todo un año en ubicarte, tuve que recurrir a tu amiga en China, y encontrarla fue muy difícil; viajé hasta allá, fue la única manera. Por favor, responde a esta carta; dime que la recibiste y si piensas, como yo, que es tiempo de cerrar este capítulo y seguir con nuestras vidas, ojalá juntos. Pero si no lo deseas responde también, y así sabré que ha llegado el momento de dejarte ir para siempre.

Con amor,
Esteban

—Claro, claro, se van a tomar el té sin tazas y sin té —dijo Ania con tonito burlón, entrando con dos tazas y dos bolsas de té en las manos. No se había comido el cuento de las onces londinenses; sospechaba que ese par andaba en algo raro, pero nunca imaginó ver el cuadro que se encontró.

—¡Ahhhhh! ¿qué están haciendo? ¿De dónde sacaron eso, Felipe?

Los niños sintieron que un balde de agua fría caía sobre sus cabezas. Habían sido descubiertos, Ania iba a dañarles el plan y no tenían tiempo para enterarla de todo, sin contar con que era muy posible que no los apoyara.

—Ehhhh —comenzó Felipe— ehhhhh...

—¿Qué, a qué te refieres? —dijo Manolo tratando de ganar tiempo.

—A esas hojas que escondes tras tu espalda, y a este reguero de correspondencia que no es nuestra —dijo la niña leyendo los destinatarios de los sobres regados en el piso.

—Ania... —comenzó Felipe.

—Mira, es muy simple —dijo Manolo interrumpiendo a su amigo—. Ya, lo admito, cometimos un error, pero queríamos probar que podíamos hurtar la correspondencia y burlar al cartero, fue